

MARIE HÉLÈNE POITRAS

LA COCHERA DE
GRIFIN
TOWN

bóveda

Título original: *Griffintown*

This edition published by arrangement with Éditions Alto in conjunction with their duly appointed agents L'Autre agence, Paris, France and The Ella Sher Literary Agency, Barcelona, Spain. All rights reserved.

Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua

Primera edición: 2019

Autora: Marie Hélène Poitras
© Éditions Alto, 2012
© Traducción: Ana Hidalgo Jiménez, 2019
© de esta edición: Bóveda, 2019
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-16691-90-6
Depósito legal: SE. 413-2019
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

LA BOTA.....	13
LA SEGUNDA BOTA.....	47
LA CONQUISTA.....	81
PLOMO EN LOS OJOS	151
ÚLTIMO RELINCHO ANTES DE LA HUIDA ...	189
EL CORO DE LA REDENCIÓN.....	215

A Charlotte y Olivier.

*Gracias a Philippe Tessier por haberme
mostrado el modo.*

Lo que amaba en los caballos era lo que amaba en los hombres, la sangre y el calor de la sangre que les daba vida. Toda su deferencia y todo su afecto y todas las aspiraciones de su vida se inclinaban hacia los ardientes de corazón y siempre sería así y jamás de otro modo.

CORMAC MCCARTHY, *Todos los hermosos caballos*

LA BOTA

AMANECE EN GRIFFINTOWN TRAS EL PERIODO DE SUPERVIVENCIA, los meses de nieve y de hibernación.

Un sol precario despunta por el este. En el horizonte se perfila un paisaje desolado, atravesado por colinas de herrumbre donde subsiste, por estratos y en un silencio condenado, toda una genealogía de objetos obsoletos: tapacubos desaparejados, cadenas de bicicleta rotas, placas de chapa deformadas. A lo lejos se alza la montaña real, coronada por una cruz, insensible a las dolencias de los árboles que se estiran hacia ella con los brazos demacrados como indigentes a la espera de la bendición.

Detrás de la cuadra, el riachuelo se ha descongelado y sus aguas negras corren hacia el canal, vivas y furiosas. Ha nevado mucho en abril. Un alma bondadosa ha diluido un poco de vodka en los abrevaderos para que los escasos caballos que quedan puedan beber durante la esta-

ción fría. La constante oscilación entre congelación y descongelación ha hendido severamente las calles, transformándolas en auténticas trampas para carruajes. Tienen que haberse conocido los días y las noches de Griffintown para entrever en este panorama ingrato un posible verano fecundo.

Tres caballos han hibernado en la cuadra, masticando con sus dientes desgastados, a falta de algo mejor, los restos de heno verde del año anterior. Vuelven a empezar a raspar con los cascos la tierra enrojecida, a desafiar la miseria húmeda de la primavera. Las bestias famélicas lamen grandes bloques de sal roja, su respiración cavernosa calienta la cuadra.

En la caravana estacionada al lado, el hombre que cuida de ellos ha pasado las últimas semanas jugando al *crib* contra sí mismo esperando a que pase la noche y a que su pequeño brasero seque de una vez la punta de sus botas húmedas. El hombre aguarda el regreso de los suyos por la lucerna de su caravana. Pronto procederá a hacer el recuento de aquellos —hombre y bestias— a quienes el invierno habrá vencido. Los nuevos recién llegados ocuparán los boxes que quedaron vacantes a finales del verano. Otros regresarán, antiguos corredores con la encía marcada, percheros, belgas, caballos de labranza y capones canadienses en su esplendor bronceado, bayo, roano, traídos de subastas en Vermont y alrededores. El rumor mate y quebradizo de los cascos desherrados resonará de nuevo en las cuadras.



Los cocheros oirán este desfile piafante y también ellos volverán al redil, avinagrados, mal calzados, sin blanca, con la tez pálida y el paso lento, acorde al de las bestias.

Siempre se regresa a Griffintown, donde la redención todavía es posible. Donde a veces también se muere. Con las botas puestas, preferiblemente.

* * *

Billy se escapa de un sueño en el que, cosa rara, montaba un caballo. Sentía el cuerpo del animal en movimiento debajo de él, sus costados tibios tensándose bajo sus pantorrillas, la potencia de aquella máquina musculosa. Apretando la perilla con una mano, llevaba su montura al oeste, más allá de los límites de Griffintown, cuando el ruido regular y reconfortante de los cascos del caballo que trotaba al caer el día se confundió con el rugido del motor de un camión: el de Paul Despatie, seguido del vehículo de transporte, ocupado por caballos nuevos.

Una bota de *cowboy* negra adornada con abalorios aparece en la abertura de la portezuela, y después otra, igual de ostentosa. Paul, el que encontró oro en Griffintown, dueño de la cuadra y señor de la finca, saluda a su hombre para todo y le ofrece un cigarrillo de contrabando. «El Indio va a volver este verano», anuncia. Billy asiente con la cabeza y después fuman en silencio el tabaco rancio, enrollado fuertemente en papel amarilleado.

Paul abre las puertas del vehículo de transporte para hacer salir a los caballos. Aparece el primero: media tonelada de nervios e irritabilidad, un Clydesdale flaco que habrá que cebar antes del comienzo de la temporada, pero que tiene la mirada viva y una buena cabeza. Billy lo lleva hasta un compartimento donde todavía destaca la ficha que indica el nombre de su antiguo ocupante, al que mandaron a hacer cola¹ al final del verano. Jack. Billy detesta bautizar a los animales. Por comodidad, decide nombrar al nuevo caballo Jack también, un nombre fácil de recordar, hasta que se acuerda de que se trata de una yegua, es lo que ha dicho Paul. Billy se inclina bajo el animal para confirmarlo. Con ayuda del bolígrafo guardado en el bolsillo de la camisa, humedeciendo la bola, añade dos letras al final del nombre: I y E. Jack se convierte en Jackie.

Billy hace deambular a la segunda yegua por la cuadra para examinarla mejor: hermoso pelaje gris azulado, potente grupa rodada, patas un poco delicadas, la gracia ponderosa de los percherones, pero el aire tan dulce como el de un belga. Ella busca en vano algo fresco o en flor, una mata de malas hierbas entre todo ese fango, entre toda esa herrumbre. Billy considera convertirla en una Princesse, luego cambia de opinión. Se acuerda de las Maggie que han pasado por su vida de palafrenero: hembras valientes y nobles, verdaderas máquinas. Aplasta su colilla con la bota y se la guarda en el bolsillo por precaución —Billy teme más que nada en el mundo que se encienda un fuego

¹ Mandar a un caballo a hacer cola: mandarlo al matadero.

en la paja—. Anota «Maggie» en el dorso de un paquete de papel de liar, ficha provisional que grapará luego en el compartimento. Un nombre, cinco paladas de serrín y una paca de heno, así es como se acoge a los nuevos huéspedes en la cuadra. El herrero los calzará dentro de unos días y el veterinario procederá a la evaluación de su estado de salud. Entonces, podrá comenzar el entrenamiento.

Más vale evitar encariñarse con los caballos a su llegada. Billy no habría apostado nada por el trotador que sobrevivió al hipódromo, afectado de un soplo en el corazón, pero le bastó con enganchar al pequeño caballo oscuro a un carruaje ligero y observarle los corvejones para darse cuenta de que Garlen Lou —ese es su nombre— mostraba un orgullo inversamente proporcional a su tamaño y, hasta que se demuestre lo contrario, estará de vuelta este verano para una octava temporada.

Al igual que los cocheros, los caballos que van a parar a Griffintown arrastran varias vidas tras de sí. Se les acepta tal como son. Muy a menudo, para ellos es también el cabaré de la última oportunidad.

* * *

En su despacho contiguo a la cuadra, Paul hurga entre los papeles montando en cólera. Los de la ciudad han vuelto a dejar varios mensajes reiterando las ofertas de recompra del permiso de carruaje. La época dorada ya pasó, todo el mundo lo sabe. Aunque el negocio ya no es tan próspero

como lo fue antaño, Paul no tiene la intención de ceder a las presiones. Los nuevos propietarios de *lofts* y de apartamentos en copropiedad de alta gama no aprecian la compañía de los cocheros, los olores que dejan tras de sí, los charcos de orín de caballo estampados en el asfalto, los restos de avena que crujen bajo los tacones de sus zapatos encerados. Pero los hombres de caballos todavía pueden llenarse los bolsillos con las bodas. Así es como Paul nutre las arcas mientras que los cocheros culpan al mal tiempo, las fluctuaciones del dólar estadounidense o los trabajos de reparación, que complican las visitas guiadas y espantan a los caballos. Llevar un caballo por el Viejo Montreal es una empresa arriesgada.

Un día —y ese día se acerca—, esta tradición y todo el legado de conocimientos de los cocheros que la acompañan desaparecerán. La cuadra, el oficio, la utilidad de los caballos de tiro y los puntos de abastecimiento de agua de la ciudad para abrevarlos, los antiguos arreos, el arte del atelaje: todo eso acabará en el museo. Mientras tanto, la leyenda perdura en las postales descoloridas con sus pasajeros maravillados, su cochero entusiasta vestido con un polo de color melocotón, el pelo ondulado, un suéter anudado sobre los hombros. «Nos estamos fosilizando», piensa Paul mandando a paseo el correo bajo las cuchillas de la trituradora de papel.

Tan pronto como se derrite la nieve, el señor de la finca retoma el contacto con los hombres de caballos para informarse de los regresos. Puede contar con un pequeño



equipo de cocheros que, año tras año, logran llegar más o menos vivos hasta el final de la temporada baja. Cada invierno, uno o dos pierden el duelo contra sí mismos. Uno no se pregunta dónde está fulano —hombre o caballo— y, simplemente, constata que ya no es posible localizarle a través de su teléfono móvil o que un nuevo ocupante se ha instalado en el espacio del antiguo compartimento de otro. En Griffintown no se habla de la temporada dura, implacable para aquellos cuya sombra no se ve perfilada en la distancia, aquellos cuyas botas y cascos ya no se oirán golpeando el suelo. Fuera del carruaje no hay salvación.

Así pues, la fraternidad brusca que une a los cocheros dura toda la temporada y desaparece tan pronto como caen las primeras hojas. Entonces, la lógica del «cada uno a lo suyo», del «cada uno contra sí mismo» retoma su curso. Nadie sabe lo que pasará con los cocheros más allá de las fronteras del territorio, por la noche, bajo la nieve. El invierno, temporada feroz y sin piedad, les machaca el cuerpo, los convierte en almas errantes, renqueando en la aguanieve, con una tos flemática y escupiendo verde mientras aguardan a que la esperanza vuelva con la primavera. No se habla de las ausencias en la pequeña sociedad de los hombres de caballos, se aguarda su regreso. Después, la esperanza se desvanece. Uno clava la mirada un momento en la punta de las botas, luego levanta la cabeza entornando los ojos. Y se deja cegar por el sol.

* * *